

EN EL DÍA DEL MAESTRO

Rosario Ibarra

Sus familias y sus amigos los tenemos siempre presentes, sobre todo a los que están presos; pensamos en ellos mañana, tarde y noche y luchamos por todos los medios posibles y hasta imposibles, tratando de lograr su libertad. Algunos fueron encarcelados hace muchos años de manera ilegal. Ya desde entonces aplicaban Díaz Ordaz y Echeverría, la “idea calderoniana” de la detención sin orden expresa, que fue lo que hicieron con el primer desaparecido de nuestra larga lista: el maestro Epifanio Avilés Rojas, secuestrado por el Ejército, sí por ese que suelen llamar “salvaguarda de la Patria”. Al maestro Epifanio, lo “detuvieron” el 18 de mayo de 1969 en Coyuca de Catalán, Guerrero. Comandaba la tropa secuestradora el Gral. Miguel Bracamontes y a su lado estaba el Mayor Antonio López Rivera. O sea que no cabe duda: era el Ejército en obediencia a órdenes contrarias a las tareas que constitucionalmente se le han encomendado.

Por órdenes del Gral. Bracamontes, (según testigos), el maestro fue conducido a Ciudad Altamirano. “Iba esposado y lo encerraron en un cuarto toda la noche”, dijo gente del pueblo que siguió a la infame comitiva.

A la mañana siguiente, “delante de todo el pueblo, el mismo general dio órdenes a dos judiciales” para que, en una avioneta militar, fuera llevado al Campo Militar Número Uno. Allí lo vieron vivo tiempo después... los maestros secuestrados también en Guerrero: Inocencio Castro Arteaga, Félix Bello Manzanares, Jacob Nájera Hernández, entre muchos otros que por ser maestros como Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, fueron detenidos y llevados a las prisiones clandestinas del “mal gobierno”

Recuerdo especial tenemos para los maestros muertos: Genaro y Lucio, viven en la memoria del pueblo y tampoco olvidamos ni olvidaremos a Misael Núñez Acosta. En este día dedicado a ellos, a los maestros, en la marcha que organizan en defensa de sus derechos y de sus conquistas, el grito unánime de todos será el estruendoso ¡Viva! para Misael y para todos los que nos han arrebatado. Resonará rotundo y fuerte, porque brotará de almas que como las de ellos, ansían para todo el pueblo una vida mejor, plena de dignidad, de gozo, de dicha, de justicia...Y junto a todos ellos, las mujeres, las maestras, “segundas madres” de nuestros hijos, “segundas madres” nuestras, de las que tantas cosas nobles aprendimos, de las que nos enseñaron primero letras y años después, lecciones de dignidad, de valor, de caridad, de esperanza y de fe en lo que somos capaces de hacer los seres humano que anhelamos una vida distinta, sin explotados ni explotadores, sin el abismo insultante entre la riqueza y la vida de miseria de millones de seres en el mundo; sin las guerras siempre injustas que son insulto para la conciencia de la humanidad... de la pobre y maltrecha humanidad.

Imposible para mí olvidar a quienes fueron mis maestros. Mi padre fue el primero, él me enseñó a leer a muy temprana edad, para que disfrutara – decía - “del mundo maravilloso de los libros”... ¡y vaya que lo he disfrutado!... Después, mi madre, maestra de preceptos universales que no olvido. Ella, con su modestia a cuestas, repetía con Gabriela Mistral, sintiéndose transmisora de enseñanzas: “Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe...” y solía leer para mí “La Oración de la Maestra” de la genial chilena. Y más tarde las maestras y los maestros, todos queridos, todos recordados siempre. Guadalupe Velasco, en Chihuahua, en mis primeros años; Elenita de la Cerda en tercer año. Fritz Ulrich, el director del Colegio Alemán, que enseñaba historia con la imparcialidad que da la buena levadura; las Marías: María Garza, mi maestra de declamación, alumna a su vez de Manuel